



UN PUENTE ESPAÑOL
SOBRE EL NERETVA

Manuel Martín Hidalgo

UN PUENTE ESPAÑOL
SOBRE EL NERETVA



Primera edición: julio de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Manuel Martín Hidalgo

ISBN: 978-84-17961-40-4

ISBN digital: 978-84-17961-41-1

Depósito legal: M-24777-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A esos soldados españoles,
«que fieles al juramento que empeñaron»,
dieron sus vidas por defender a los más desvalidos
de aquellas crueles guerras de Bosnia, y cuyos nombres
figuran, con letras doradas, en una placa en el monolito que
en su memoria se levantó en la Plaza de España de Mostar.*

Todos los personajes que aparecen en la novela
son ficticios, y producto únicamente
de la imaginación de autor.

Siempre quisieron vivir, y siempre
en el curso de su difícil historia les
arrebataban algo de su existencia.
Pero a los últimos le quitaron la vida.

IVO ANDRIC

1

En un lugar de Sarajevo

Se escucha cada vez más cerca el bronco y hondo rugido del cañón mezclado con las explosiones de las granadas de mortero al impactar en los edificios de la ancha avenida; otras granadas, de distintos calibres, lo hacen sobre el asfalto de las calles inmediatas. Y entre un sonido y otro, espaciado, continúa el seco, el solitario y aterrador estampido del disparo del francotirador, más cruel aún que la mortífera metralla, porque es la persecución tras la mira telescópica del fusil al indefenso ser humano que, sediento, intenta recobrar una garrafa de agua; o a aquel otro que va a cruzar una calle, o corre a hacer una pequeña compra para poder subsistir otro día más... Amila aguarda, agachada detrás de su compañero de huida, pegado todo su cuerpo a la pared intentando ofrecer el menor blanco posible, temblando de miedo, a que este le diera el aviso y lanzarse ambos a la carrera para cruzar la avenida en el momento que él considerase oportuno. Ya han dejado atrás el edificio de Radio Sarajevo donde han estado escondidos tras la toma de la emisora. Ahora tienen que tratar de llegar al Barrio Turco... Se ponen de pie. La espalda bien pegada a la pared... Todavía hay indecisión en aquellos hermosos y negros ojos, titubeo en sus piernas, dudas en su corazón... temor negro que la atenaza y paraliza. Al fin recibe una señal de su compañero y, al momento, oye el autoritario: «¡Ahora!». Lo vio salir delante de ella y correr intentando hacerlo

en zigzag... Pero no fue suficiente semejante añagaza ni sus piernas fueron lo bastante rápidas... Suena el disparo aislado, y su compañero cae ante ella, que instintivamente echa su cuerpo atrás, hasta quedar de nuevo oculta y protegida por el muro del edificio.

Amila se sienta sobre la misma acera, con las piernas recogidas. Lloro de desesperación e impotencia. Desde donde se encuentra puede ver el cuerpo, aún con vida, de su compañero que, con la mirada suplicante y la mano tendida hacia ella, pide una ayuda que ella no puede prestarle. El miedo le impide cualquier movimiento, incluso el cambiar de postura.

Un hombre, portando una garrafa blanca de plástico, está al otro lado de la avenida. Tampoco se decide a cruzar en sentido contrario, hacia donde está ella viendo a la última víctima caída, recién abatida, moribunda sobre el asfalto. Al fin la impaciencia —y la esperanza de llevar un poco de agua a los suyos, de la que hace días carecen— puede con su miedo. Pero apenas ha avanzado unos pasos en su desesperada carrera, cuando cae. Otro disparo, seco, aislado, preciso, que retumba aún más que el anterior en los oídos de Amila, lo alcanza y su cuerpo queda igualmente caído cerca de su compañero... Dos, tres disparos más sobre la garrafa de agua... El francotirador, a falta de otra presa que abatir, se aburre y ejercita su puntería sobre el recipiente de agua por el que el hombre se ha jugado la vida. Y el preciado líquido se vierte por los distintos agujeros sobre el asfalto... Un poco más allá puede ver volcada una cesta de mimbre con hojas verdes que sobresalen de ella, junto al cuerpo inerte de una mujer. Mira hacia los pisos altos de los edificios derruidos que muestran impúdicos sus esqueletos, apenas sustentados por grises columnas de hormigón, o cuando muestran su interior por la caída de la pared que antes ocultaba la cotidiana vida de sus moradores... Desde allí tampoco le puede llegar ayuda, porque adivina que ya están en manos serbias. Su mirada se enturbia de pánico.

Pronto se hará de noche. Quizá entonces podrá cruzar y, aunque le tiemblen las piernas, tendrá que intentarlo. Otras veces no

ha sentido tanto miedo como ahora... Cierra los ojos, esconde su rostro entre sus manos y llora. Las lágrimas le caen por la mejilla; son lágrimas que duelen. ¿Cómo va a justificar su ausencia en su casa durante tanto tiempo? Seguro que ya estarán preocupados... De pronto, algo la asusta. Presiente una presencia ajena a su lado. Retira las palmas de las manos de su rostro. Varias cabezas se inclinan sobre ella. Poco a poco intenta recomponer su figura ante aquellas bocas y ojos burlones... Todos llevan uniformes de camuflaje. Enseguida entiende de aquellas miradas... Es una patrulla serbia... ¡Se ha dejado sorprender por algo todavía peor que un francotirador...! No le dan tiempo a que se ponga de pie. Son ellos, dos grandes y musculosos jóvenes, de estaturas medianas, que responden a las órdenes del otro de más edad y más bajo, que la levantan. Intenta zafarse de los que la sujetan y el otro le da un puñetazo con todas sus fuerzas. Si no cae es porque los dos hombretones, entre risas, la sostienen. Por un momento le parece que se ha hecho de noche; al momento siente un sabor salado en la comisura de sus labios... Intenta llevarse una manga a la boca para limpiarse pero se lo impide la fuerte sujeción de sus captores.

Sujeta por ellos, vuelve a cruzar plazas, calles. De vez en cuando el hombre grueso que parecía mandar sobre los otros se adelanta unos pasos, levanta su Kalashnikov y espera una señal en un indefinido agujero de uno de los pisos del derruido edificio. Luego continúan el camino.

Al fin entran en un edificio que ella reconoce. En el interior hay un grupo de hombres con uniformes distintos que beben, fuman y charlan, o discuten a grandes voces alrededor de una botella de *rakya* y unos vasos que transparentan unas manchas de suciedad. Se detienen en su palabrería para saludar a los que llegan, y sus miradas se detienen todas en el mismo punto: ella. Ávidos, los ojos de los soldados escudriñan su figura y se jactan, entre risotadas y comentarios obscenos, del descubrimiento que han hecho los de la patrulla.

Amila siente un sudor que le quema, al tiempo que un escalofrío recorre su espalda... Siente que la desnudan primero con sus ojos y que la atraviesan después... vuelve a sentir el mismo miedo que sintiera cuando vio caer a su compañero.

A una señal del hombre los otros dos la llevan fuera por un pasillo, hasta que se detienen bruscamente ante una puerta con cerradura. Abren y la empujan al interior. Hasta ella llega un olor que trasciende desde más allá de la oscuridad y que se le hace ostensiblemente presente: huele a orines... y a miedo...

Dentro hay un suspiro; más allá alguien que llora quedamente. Y varios pares de ojos se van abriendo en la sala conforme los suyos se hacen a la oscuridad. Se fija en cada uno de aquellos llorosos rostros, y en todos ellos descubre algo que va más allá del pánico, junto a moratones, manchas azuladas de golpes y heridas... Son otras jóvenes, apenas unas niñas, capturadas al igual que ella. Sus ojos húmedos, sus miradas de tristezas las hacen parecer mayores... Es como si una madurez extraña se hubiera instalado en sus infantiles cuerpos.

Enseguida Amila comprende dónde está. Son jóvenes y niñas secuestradas y recluidas para uso exclusivo de los soldados. Entonces se le viene todo el peso de su desgracia encima, y no le queda sino derrumbarse y llorar...

Y llega la noche. Y, con la noche, son sacadas de la habitación y expuestas a las manos de los soldados que han vuelto del frente. Entonces es la tortura, los golpes, los obscenos insultos; y más golpes, cada vez más fuertes, con más saña, hasta que sus cuerpos ceden a la violencia de sus captores... Y luego, lo horroroso, lo espeluznante: la violación una y otra vez, por grupos, entre risas; y más insultos, más vejación por ser musulmanas, y más crueldad... Amila ve cómo a una de las niñas, que llora demasiado, la amenaza uno de aquellos hombres con dispararle si no se calla y se deja hacer... Ella aguanta una y otra vez el jadeo de su violador, sintiéndose herida, horadada, insultada y sucia. Luego, algunas de aquellas desgraciadas, las que ellos consideran que no les han pro-

ducido placer o que, simplemente, no les gustan, ya no vuelven a la celda común que tienen para ellas, donde las custodian para violarlas de mil maneras distintas, sino que salen por otra puerta, arrastradas como fardos inservibles, camino de un lugar de donde ya no volverán...

Más tarde, a solas, con el dolor y la humillación, llegan los llantos y los gritos desgarradores cuando las más niñas entienden lo ocurrido y lo que ello significa para los hombres de sus familias; y las más fuertes, o las más expertas, las que ya saben del trato violento de los hombres, consuelan en medio de su dolor a aquellas para las que ha sido la primera vez... Algunas escupen y escupen, sin dejar de llorar. Sienten sus bocas gordas, pastosas, y se introducen los dedos en la boca intentando vomitar... Allí, el infierno parece haber descendido a la tierra...

Amila aguarda recogida sobre sí misma. Ha tenido un tiempo en blanco después de que fuera violada. Todavía recuerda las expresiones animales, las babas sobre toda ella, el aliento a *rakya*, el olor a sudor de sus violadores... La satisfacción en el daño que le estaban infligiendo, sus voces, sus soeces expresiones... Ya no era virgen, y aquello enrabietó más a su violador que lo hizo con una mezcla de crueldad, de saña en medio de su placer... ¿Cuánto había transcurrido desde entonces? Había aguantado y soportado porque en ello le iba la vida. Las uñas se le clavaban con rabia, con desesperación, con impotencia sobre las palmas de las manos... A Amila aquella noche también le salieron arrugas que antes no había visto, y heridas muy hondas que antes tampoco había sentido...

2

En un lugar de Mostar

Les dijeron que el enclave de Mostar estaba custodiado por los soldados españoles, que no habría peligro... Pero los españoles se marcharon sin ninguna explicación y, tras su salida, entró en la ciudad la barbarie. Y ahora caían los proyectiles sobre sus cabezas. Fuera, las explosiones, los cascos, las heridas y la muerte; dentro del improvisado refugio, el frío, los olores de tantos cuerpos, el miedo, el llanto de los niños a los que no se les puede convencer de que no pasa nada, o mejor, de que todo pasará pronto. Habían huido como ratas y ahora, ante el temor de las explosiones que se escuchaban en la calle, se tapaban los rostros con sus manos como si con ese gesto tan simple pudieran evitar la muerte... En un rincón del fondo, sin que se le viera el rostro, una mujer se preguntaba histérica qué habría sido de su marido y su hijo, que no habían acudido a resguardarse.

Dentro de aquel improvisado refugio, un sótano en el que creían estar a salvo de los proyectiles de la artillería croata, Zatklo, un hombre con la vida casi hecha del todo, observaba el miedo de las niñas que estaban junto a él, con sus caras sucias, sus sandalias destrozadas; ellas lo miraban de hito en hito, con desconfianza. A cada explosión, las niñas buscaban en el encogimiento de sus tiernos cuerpos la protección que intuían no les proporcionaba tan endeble construcción; un muchacho, un poco mayor que las dos

niñas, intentaba hacerse el valiente ante ellas, pero la mirada opaca de sus dos grandes ojos le traicionaba...

Zatklo estaba quieto, sentado, recogidas las piernas, abrazándolas, solo sus ojos se movían en una u otra dirección. Miraba a los hombres, serios, mohínos, algunos rezaban; miraba a las mujeres que se preocupaban por los ausentes y miraban inquietas hacia la entrada del refugio; miraba a los niños que habían entrado asustados, luego, creyéndose a salvo, sonreían. Pero las explosiones se oían cada vez más cerca y se asustaron de nuevo; se encogieron de miedo con sus miradas turbias y sus tiernos corazones temblando... Zatklo pensó que cada una de aquellas explosiones arrancaba de sus almas lastimadas un poco de su inocencia infantil.

Aquello era lo que más podía parecerse al infierno.

—¡Maldita guerra! —exclamó una vieja, acurrucada un poco más allá de Zatklo, con un pañuelo de indefinible color sobre la cabeza— ¡Como si una ya no hubiera visto y padecido bastante! ¡Los hombres, siempre matándose unos a otros, como si no supieran hacer otra cosa en esta perra vida...!

Y la mujer extendió su mirada por el interior del refugio como si buscara al responsable de lo que le estaba sucediendo. Zatklo se encontró con sus ojos apagados, sin pestañas, inmensamente tristes. Pero él no tenía nada que ver con aquello. Él no estaba dentro de aquel porcentaje que había votado por la escisión de Bosnia. Y, sin embargo, ¡qué caro le estaba saliendo! Seguro que su casa, al otro lado del Neretva, que había tenido que abandonar, ya había sido ocupada. Otras manos curiosas estarían manoseando sus cosas, las fotografías de familia, los recuerdos más antiguos, lo que era parte de su vida porque fue parte de sus ancestros, y se imaginaba cómo lo echarían con desprecio al fuego, destruyendo su memoria y la de sus antepasados. No se habían conformado con quitarle su identidad, sino que su memoria yugoslava también tenía que ser borrada, arrasada. Ya no tenía nada. Lo había perdido todo. Cuando saliera del refugio, si lo hacía con vida, sería otro distinto al que entró... En su juventud partió al extranjero como

yugoslavo y ahora, a la vuelta, se encontró con que otros habían decidido por él y lo habían hecho étnicamente bosnio, y, religiosamente, musulmán...

Él, que había sido emigrante en Italia y España, donde había vivido libre y donde había conocido los mejores días de su existencia, ¿por qué se empeñó en volver? Su cerebro entró en ebullición recordando aquellos felices días en los que, además, era joven, fuerte, sus hombros estaban erguidos, sus brazos mostraban el vigor de la juventud y su espíritu estaba lleno de deseos de vivir... Y, además, conoció el amor... Luego todo pasó en un instante; después de un tiempo se dio cuenta de que se le iba la vida y se empeñó en volver a su ciudad, Mostar, a la que siempre llevó dentro de su pecho como un talismán. ¡La siempre añorada Mostar y su puente sobre el Neretva! Estos pensamientos le producían un enorme desasosiego en medio de las explosiones de fuera... Volver para morir así, aplastado como una rata, en verdad que no le gustaría. Él había sido siempre un hombre de espacios abiertos, de aire libre, sin imposiciones de ningún tipo, ni siquiera religiosas... Le entraban enormes deseos de salir corriendo de allí. ¿Qué le importaba si una granada de mortero o un proyectil de artillería o una bomba de aviación le cae directamente en la cabeza...? Nadie le echará de menos.

«¿Por qué volviste, viejo testarudo?». De pronto se dio cuenta de que aquel pensamiento que parecía exigirle una respuesta a su insistente pregunta no llegaba a dolor, pero se hacía persistente en la punta de sus labios. «Sí —se dijo—, escuché más al corazón que a la cabeza, y salí de un mundo abierto y tolerante, libre y en paz, para meterme en otro cerrado, donde la etnia y la religión te sitúan en una u otra orilla del río, repleto de fanáticos, intolerantes y, por si fuera poco, enfrascados en una guerra fratricida y cruel».

En el regreso a su patria y a su ciudad había intentado satisfacer el ansia que su corazón sentía por su tierra, cuyos espacios y rincones había recorrido en su niñez y juventud antes de emigrar. Allí estaba lo más profundo de su existencia: los campos en los

que había jugado, los niños, entre los que nunca se había sentido diferente, sus costumbres ancestrales. Más tarde se divirtió con los demás jóvenes como él, con los que compartió las charlas en los cafés junto al río y los primeros escarceos amorosos... Luego, la escapada a otros lugares buscando el sustento que esa misma tierra le negaba... Él se marchó joven y yugoslavo. Y volvió porque su corazón se lo exigía. Con los ahorros de todos los años de trabajo volvió y montó su negocio en Mostar, su ciudad, y se dispuso a prepararse para bien morir entre los suyos. Pero resultó que a su vuelta era un hombre con una sangre impura, prohibida en su propia patria y denigrada por aquellos que habían sido sus amigos. Y la intransigencia de los otros lo desposeyó de todo. Había vuelto con enormes deseos de vivir y recuperar con sus antiguos amigos su tiempo y aquel otro, el de la infancia, en el que fue tan feliz y descubrió tantas cosas...

Sus ojos estaban ahora suspendidos, miraban quietos un punto indefinido en la pared del refugio. Soñaba... Por encima de las cabezas de los que se sentaban enfrente, veía las Ramblas de Barcelona, cuyos perfumes, aires y brisas se tragó con la ansiedad propia de sus años jóvenes... O se contemplaba sentado en la terraza de la Piazza Vanvitelli, de Nápoles, donde tantas veces se tomó una cerveza...

Una explosión se escuchó demasiado cerca, casi al lado del refugio, y arrastró sus pensamientos. Todo su alrededor tembló. Los llantos y lamentos se reanudaron con más fuerza, con más pánico. Los gritos de las mujeres y la ansiedad en los hombres volvieron a llenar el escaso aire del refugio.

Tantos kilómetros de huida para verse al fin en semejante ratonera. Atrás quedaba su apacible vida de comerciante que le daba para vivir. Hasta que llegó el fanatismo, la intransigencia y la intolerancia que se adueñaron de todos los corazones de sus vecinos, todos buenos hombres y mujeres, a los que la guerra cambió. ¿En qué se habían convertido aquellos que antes fueron parte de su vida? Ahora rebosaba melancolía, pena, tristeza por el miedo y

el odio que contemplaba en los rostros de los niños. Se miró las manos en las que había aparecido un ligero temblor; pero más que el temblor de sus manos le preocupaba las convulsiones de su espíritu, que ya nunca, después de lo visto, podría alcanzar el sosiego y la paz.

Su corazón tenía el ritmo del galope de una manada de caballos salvajes. De pronto sintió tanta pena de sí y de los que le rodeaban que se le caía a trozos el peso de su vida. Pero no era el temor por él mismo por quien sentía pena, era por la estupefacción, el desencanto, la rabia por cuánto habían conseguido imponer a los demás unos pocos de fanáticos... Era el reproche que se hacía a sí mismo, y también podría hacérselo a los demás que le acompañaban en aquel refugio si pudiera levantarse e increparles. «¿Qué habéis hecho? —les diría— ¿En qué nos habéis convertido? ¿Por qué habéis consentido en dejaros conducir como una manada de borregos poniendo vuestra fe y vuestra entrega en manos de políticos egoístas, corruptos y desalmados?».

Sentía deseos de salir a la calle, abandonar la seguridad del refugio y, en medio del caos, alzar los brazos y gritar contra los que le habían llevado a semejante situación... Era posible que su vida ya no valiera nada... Pero no, tenía que vivir. ¡No podía rendirse! Aunque solo fuera por esas manos blancas que se aferraban, agarrotadas por el miedo, a las faldas de sus madres... De pronto se había hecho el crepúsculo en sus vidas infantiles cuando apenas amanecía en ellas, cuando todavía les queda tanto camino por recorrer. Ellos, seres indefensos ahora, serán un día la esperanza de que la locura no prospere y los lleve a todos al abismo y a la destrucción...

Alguien entró dando voces:

—¡Están tirando sobre el puente!

Un murmullo fue creciendo hasta hacerse gordo, redondo, y convertirse en exclamaciones, en maldiciones, en insultos; ahora era la rabia y la furia contra los que se atrevían a semejante sacrilegio, las que impregnaban las palabras que salieron de sus gargan-

tas. El puente era de todos. El Stari Most, el puente más famoso del mundo, había sido exclusivamente de Mostar, la ciudad que también lo era de todos sus habitantes, sin distinción de religión, hasta entonces... Un cuchicheo en un principio y, luego, la consternación, que creció por encima de las pausadas explosiones. De pronto ya no tuvieron miedo por sus vidas, sino por lo que les querían arrebatarse... El Stari Most, el elemento de unión entre ambas comunidades, musulmana al este, y croata al oeste... si lo destruían ya no habría entonces esperanza de una pronta reanudación de la convivencia, y quedarían separados para siempre. ¿Qué le importaba ahora la vida?

Algunos hombres del refugio decidieron salir fuera. Y lo que veían sus ojos eran las calles llenas de gente que corría despavorida; otros estaban detenidos ante lo que había sido su casa, de la que solo quedaba un montón de escombros y argamasas, y restos de mobiliario y utensilios de cocina esparcidos por doquier. Pero él, el viejo Zatklo, ya no tenía casa tampoco. No tenía a dónde ir, y había un dolor más hondo dentro de él que la pérdida de la propia vida. Se quedó absorto, junto a otros muchos, contemplando el hueco mellado que mostraba el río. Le faltaba su pieza principal... Las torres Helebija y Tara parecían haber perdido todo su encanto sin el Viejo Puente que las unía...

Se limpió la frente con su mano —como si quisiera también limpiarla de los pensamientos que la cercaban— y se notó en ella una arruga nueva de dolor y sufrimiento. Le habían arrancado algo de sí mismo, un pedazo de su identidad de bosnio. Aquel puente fue parte de la vida de sus mayores y de su infancia. De pronto se le levantó una picazón en el estómago. De algún lugar le llegó el olor a pan recién horneado. Entonces oyó la exclamación de las niñas que estaban a su lado en el refugio con su madre. La mayor, tras una honda inspiración, exclamó:

—¡Humm, qué bien huele!

El niño:

—¡Tengo hambre!